

EL UNIVERSAL

Mayo 20/1927

# La Candidatura del General Obregón Recibida Entusiastamente

Unicamente para EL UNIVERSAL

MERIDA, Yuc., mayo 19.—En distintos lugares del interior del Estado la candidatura del general Obregón, para Presidente de la República ha sido recibida con entusiasmo, y al efecto, se han celebrado fiestas a las cuales concurren los campesinos organizando manifestaciones que terminan en asambleas donde toman la palabra diversos oradores que explican a los trabajadores la importancia de dicha candidatura.

En virtud de que en el Estado de Yucatán no tiene contrincante la candidatura del general Obregón, se considera que saldrá avante dicha candidatura.

A todas las fiestas a que me refiero ha sido invitado el Presidente del Partido Socialista del Sureste; pero como le ha sido imposible asistir a todas ellas se ha visto precisado a enviar delegaciones.

La tendencia de crear personas morales aunque sea en forma indefinida, para imaginar diversos grupos sucesivos con el nombre de generaciones, tiene atractivos para juzgar aspectos literarios, políticos o sociales. Así como Eugenio D'Ors se ha divertido clasificando promociones literarias, hablando de la generación del 89 o del 900, y así como en Francia se habla de la generación del 14, antes de la guerra. Manuel Gómez Morín ha iniciado una clasificación semejante tratando de presentar los caracteres de su generación, que aparece señalada con el número correspondiente al año de 1915.

La obra es diffeil y se presta a numerosas confusiones, pero hay algo en el fondo de verdadero interés, más para los problemas sociales y políticos que para las cuestiones literarias. Y buscando por aproximación personal dónde puede encontrarse, cuál ha sido la suerte de la propia generación, buscando las relaciones visibles con la época social y política presente, quisiera anotar algunos rasgos alrededor del significativo año de 1910.

Es indudable que entre la generación actual, que surge a la vida en la decena que comienza en 1920, la anterior señalada por Gómez Morín con el número medio de 1915, y la que llegó a su madurez en 1910, el año del Centenario, existen diferencias fundamentales que acreditarían un estudio de psicología comparada y hasta de filosofía, si esta disciplina no estuviera casi perdida entre nosotros.

De cualquier manera, descontando las excepciones de fortuna política, de carácter fuertemente personal o de notoria simulación, cada grupo social tiene por fuerza que presentarse con ciertos caracteres distintivos de conjunto. Más que las personalidades excepcionales, distinguen a un grupo los rasgos de su minoría directiva, casi diríamos, de su aristocracia, si esta palabra no tuviera en los tiempos actuales un sentido peyorativo y peligroso. Diremos más modestamente de su "élite" o de sus representativos.

Y se podría buscar como piedra de toque las relaciones que cada generación ha tenido con la tendencia revolucionaria. Desde luego, es indudable que la generación actual está francamente inestada dentro de la Revolución. Puede decirse que ha nacido dentro de ella, o cuando menos ha llegado a tener conciencia del momento histórico ya muy avanzada la Revolución. Para el instinto materialista de conservación, y para los propósitos prácticos de éxito y de lucro, la Revolución es un gran movimiento político que ha triunfado, y la persuasión del triunfo es de potencia casi incontrastable. Para los gustos de radicalismo y de exaltación de la juventud, para la literatura, para la retórica y para la declamación, no hay mejores moldes y recursos que los revolucionarios. Los libros, los periódicos, las influencias del ambiente marcan a los jóvenes de hoy un rumbo revolucionario, o a lo menos, tal como se entiende, en nuestra ideología colectiva el concepto de revolución. Precisamente por ello, los principios revolucionarios están por este lado en peligro, pues ante los contrastes de la teoría con la realidad, frente a las contradicciones doctrinales y materiales de los diversos caudillos o directores espirituales de la época, y

también por la natural inclinación de rebeldía y de lucha de los espíritus juveniles, podría presumirse una futura transformación de los conceptos políticos actuales.

La generación anterior quiere identificarse con las ideas revolucionarias, pero todavía encuentra dentro de ella misma un lastre difícil de abandonar, una resistencia apenas visible, que nace de las normas científicas y técnicas que saturaban el ambiente y se arremolinaron en las agitaciones de 1915, tocando los linderos de la más completa anarquía política, económica y moral.

Pero ninguna generación se ha encontrado en condiciones más desfavorables que la de 1910. Antes de ella los mexicanos que tuvieron oportunidad de alcanzar las buenas épocas del régimen porfirista, cuando todavía no se declaraba la decadencia, realizaron su vida en condiciones más o menos estimables, pero definidas. Casi la vida de un hombre en su fase de actividad cívica pudo contenerse dentro del período porfiriano. Pero los que llegaron a la ciudadanía precisamente alrededor de 1910 sintieron ya en el ambiente un soplo de inquietud. No sólo había pasado el festín, sino que en muchos casos se advertían síntomas de intoxicación por exceso. No podía haber adaptación. Desde el punto de vista moral y político fueron los días más precarios, es

decir, inciertos y provisionales de esta época. Todos tenían la certidumbre de que el régimen estaba próximo a caer, por ley natural o por crisis violenta. Hasta el sistema fundamental de filosofía y de educación que se había tomado como médula del régimen, la religión de la ciencia, la fe en la solución científica de todos los problemas sociales, la doctrina positivista, había comenzado a cuartearse y se había procedido a echar los cimientos del nuevo edificio ético y pedagógico con la creación de la Universidad Nacional en su forma moderna.

Pero a pesar de las perspectivas de renovación, los conflictos políticos llegaron con tal rapidez y en una forma tan imprevista, aun para los mismos revolucionarios de entonces, que el choque fue desquiciador. Ni los más astutos fabricantes de profecías se habían atrevido a esbozar el curso de los sucesos. Los que llegaron en 1925 hicieron esfuerzos de asimilación y se han agregado con fortuna diversa a los movimientos en ocasiones contradictorios de la etapa revolucionaria. Pero en su gran mayoría, descontando los casos excepcionales, los hombres de 1910 sólo han podido perfeccionar una confusa posición que los asemeja en cierto modo a los patas y a los flotas. No importa que algunos hayan hecho fortuna o que muchos hayan logrado éxitos personales. En conjunto, no

han cumplido con su misión de ciudadanos, por falta de oportunidades y de energía, porque no han sido especialmente gratos al radicalismo o porque ellos no han hecho nada para comprender y adaptarse a la situación, modificándola por medio de una actividad consciente y vigorosa.

Casi todos se han conformado con vivir.

Es verdad que la confusión moral, política y social no podía ser más peligrosa. La generación de 1910 se formó bajo un criterio individualista, y las personalidades de relieve, esos caudillos sin fórmulas que se levantan en las escuelas profesionales y en los movimientos de ideas o de arte, en vez de formar escuelas o agrupaciones coherentes, formaban grupos de influencia personalísima, verdaderas "hordas" sólo unidas por afinidad ocasional y simpatía de individuos.

La influencia de personalidades como Batalla, Urueta, José María Lozano, Rafael Zubaran, tenía algo de relámpago y de excitación electrizada. Ahora puede comprenderse que en 1910 las fuerzas sociales se movían en bases divergentes y entrecruzadas, y algunas potencias invisibles y ocultas eran las destinadas a triunfar.

En consecuencia, para la época que sobrevino, era indispensable rehacer la educación, repetir el esfuerzo autodidáctico y buscar las nuevas rutas y las nuevas orientaciones. ¿Qué difícil tarea para un país y una época como los nuestros! Así estamos. De una generación a otra y de una clase a otra se han creado barreras de injustos menoscabos y desconfianzas. Los muchachos de 1920 ya miran por encima del hombro a los jóvenes de 1915 y apenas se acuerdan de los hombres de 1910. Una buena parte de la nación pensante y con derechos cívicos al corriente, en teoría, se siente avergonzada porque no ha sabido redondear su existencia, cumplir con la obra integral que exigen las normas universales. No basta haber construido y comprado casas o levantado haciendas, fábricas, consultorios o bufetes. La ciudadanía es un deber y un derecho. No es suficiente encastillarse en la neutralidad alegando miserias democráticas o falta de oportunidad. No hay justicia para reclamar a los políticos errores y lentitudes cuando no se ha hecho nada por compartir los peligros y los trabajos de la vida cívica.

Si los tiempos son difíciles, lo que se necesita es mayor serenidad y más probidad, menos ambiciones y más patriotismo, más conciencia cívica y más decoro personal y humano. No es necesario ofrecerse a los candidatos ni entrar en la carrera de los incondicionales. Al contrario, hay que ser condicionales. No es vergüenza afillarse a un partido político y reprochar a los propios partidarios los errores y las faltas. La vergüenza consiste en dejar hacer y dejar pasar o en convertirse en siervos sin belleza.

Si en 1910 se hubiera sabido lo que cuesta la abstención cívica y se hubiera comprendido el valor del voto, de la organización gremial y la cooperación de los pequeños valores, no se habrían formado las barreras y los fosos que ahora nos dividen. Y si no empezamos de buena fe la reparación, más tarde será más difícil aún, o ya será tarde.